

El reino del lenguaje

Tom Wolfe

El reino del lenguaje

Traducción de Benito Gómez Ibáñez



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
The Kingdom of Speech
Little, Brown and Company
Nueva York

Ilustración: © lookatcia

Primera edición: septiembre 2018

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
© De la traducción, Benito Gómez Ibáñez, 2018
© Tom Wolfe, 2016
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2018
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6424-3
Depósito Legal: B. 16913-2018

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*Con una profunda reverencia,
el autor agradece a
CHRISTINA VERIGAN
la sustanciosa tajada de su erudición*

1. LA BESTIA PARLANTE

Una noche luminosa de 2016, refulgente el rostro con Dios sabe cuántos miliGAUSS de rayos X procedentes de la pantalla del ordenador que tenía delante, andaba yo navegando por internet cuando caí con el ratón sobre una página web que decía lo siguiente:

EL MISTERIO DE LA EVOLUCIÓN DEL LENGUAJE*

Por lo visto, ocho destacados evolucionistas** –lingüistas, biólogos, antropólogos e ingenieros informáticos– habían publicado un artículo para anunciar que se retiraban, desistían, claudicaban, tiraban la toalla en lo referente al origen y funcionamiento del lenguaje.

«Las preguntas fundamentales sobre el origen y la evo-

* Se trataba de un artículo especializado de *Frontiers in Psychology* («The Mystery of Language Evolution», 7 de mayo de 2014, disponible en: [dx.doi.org/10.3389/fpsyg.2014.00401](https://doi.org/10.3389/fpsyg.2014.00401)).

** Eran Marc D. Hauser, Charles Yang, Robert C. Berwick, Ian Tattersall, Michael J. Ryan, Jeffrey Watumull, Noam Chomsky y Richard C. Lewontin.

lución de nuestra capacidad lingüística siguen envueltas en el misterio de siempre», concluían. Y no solo eso, parecían dispuestos a abandonar toda esperanza de encontrar *alguna vez* la respuesta. Bueno, seguiremos intentándolo, declaraban gallardamente..., pero tendremos que empezar otra vez de cero. Uno de los ocho era la figura más famosa de la historia de la lingüística, Noam Chomsky. «En los últimos cuarenta años», decía junto a los otros siete, «se ha producido una verdadera avalancha de investigaciones sobre este problema», y solo había conducido a una colosal pérdida de tiempo por parte de las figuras más brillantes del mundo académico.

Vaya, eso sí que era raro... Nunca había oído que un grupo de expertos se reuniera para anunciar que había fracasado miserablemente...

*Muy raro, en realidad..., así que me puse a hacer surf y safaris por la red y finalmente hice clic sobre el único intelectual que pude encontrar que no estaba de acuerdo con los ocho fracasados, un químico de la Universidad de Rice..., Rice..., Rice tenía un buen equipo de fútbol americano..., los Rice Owls..., me pregunté cómo andarían ahora. Moví un poco más el ratón en torno al sitio de Rice, y vaya vaya..., no muy bien la temporada pasada, los Owls..., fútbol americano..., pasé a fútbol americano y traumatismo craneal... ¡y justo lo que había pensado! ¡Hay una verdadera epidemia de traumatismos haciendo estragos! ¡Se sacuden de lo lindo hasta hacerse coágulos de sangre y contraer alzhéimer antes de tiempo!... traumatismos..., navegando..., navegando..., navegando, ¡pero fíjate en esto! El fútbol americano no es nada comparado con el *hockey sobre hielo*... y sin tener al menos dos traumatismos cerebrales ni siquiera se está preparado para la Liga Nacional de Hockey...*

... y durante todo ese tiempo tenía una idea tan alojada en mis pirámides de Betz que ni siquiera un encontronazo con un atacante de algún equipo de la NHL podría habérmela quitado de la cabeza: son incapaces de entender lo que *es* el lenguaje. Hace ciento cincuenta años que se enunció la Teoría de la Evolución y aún no han aprendido... *nada*... En ese mismo siglo y medio, Einstein descubrió la velocidad de la luz y la relatividad de la velocidad, el tiempo y la distancia... Pasteur reveló que los microorganismos, y en particular las bacterias, causan una tremenda cantidad de enfermedades, desde el catarro al ántrax y la neumonía terminal con intubación y colapso pulmonar... Watson y Crick hallaron la estructura del ADN, los llamados elementos constitutivos de los genes..., y ni lingüistas, ni biólogos, ni antropólogos, ni gente de otras disciplinas han descubierto en ciento cincuenta años... *nada*... acerca del lenguaje.

¿Cuál es el problema? El lenguaje no es uno de los diversos atributos singulares del hombre: ¡el lenguaje es el atributo de todos los atributos! ¡El lenguaje constituye el noventa y cinco por ciento de lo que eleva al hombre por encima del animal! Desde el punto de vista físico, el hombre es un caso lamentable. Los dientes, incluidos los colmillos, que él llama caninos, son de tamaño infantil y apenas pueden perforar la piel de una manzana verde. Con las zarpas lo único que puede hacer es rascarse donde le pica. Su cuerpo de fibrosos ligamentos lo convierte en un enclenque en comparación con los animales de su tamaño. ¿Animales de su tamaño? Luchando a zarpazos o mordiscos, cualquier animal de su tamaño se lo merendaría. Sin embargo, el hombre domina a todos los integrantes del reino animal gracias a su superpoder: el lenguaje.

¿Qué es lo que pasa? ¿Qué es lo que ha dejado a inter-

minables generaciones de intelectuales, a genios reconocidos, enteramente perplejos en lo que se refiere al lenguaje? Durante la mitad de ese tiempo, como veremos, han declarado de manera formal y oficial que la cuestión es irresoluble, abandonando el empeño. ¿Qué es lo que aún no entienden después de una verdadera eternidad?

Nuestra historia comienza en la dolorida cabeza de Alfred Wallace, un naturalista británico autodidacta de treinta y cinco años, alto, desgarbado, de larga barba y formación apenas equivalente a la enseñanza primaria, que se fue –solo– a estudiar la flora y la fauna de una isla volcánica del archipiélago malayo cerca del ecuador..., donde contrajo la temida fiebre de los pantanos, más conocida como malaria. De modo que ahí lo tenemos, en un habitáculo que apenas es una cabaña con techumbre de paja, tendido, postrado, inerte, desamparado..., cuando otro acceso de paroxismos lo asalta con toda su fuerza..., las costillas sacudidas por los espasmos, escalofríos..., la fiebre lancinante que le retumba en la cabeza..., todo ello acompañado de un sudor tan profuso que la cama se convierte en una ciénaga tropical. Como estamos en 1858, en un remoto lugar del planeta, deprimente y escasamente poblado, muy al sur de los encopetados petimetres con sombrero de copa londinenses, no tiene nada para matar el tiempo aparte de un ejemplar de *Tristram Shandy*, que ya ha leído cinco veces, y sus propios pensamientos...

Un día, mientras sigue tendido en la cama, apesosa como un lodazal..., pensando... en esto y lo otro..., un libro que ha leído hace más de doce años le rebose de pronto por el bulbo raquídeo: *Primer ensayo sobre la po-*

blación, de un clérigo de la Iglesia anglicana, Thomas Malthus.*

Dicho clérigo tenía una deformación en el paladar que le producía un defecto en el habla, pero escribía como los ángeles. El libro se había publicado en 1798 y seguía bien vivo sesenta años y seis ediciones después. De no impedirlo algún obstáculo, decía Malthus, la población humana crecería en proporción geométrica, duplicándose cada veinticinco años.¹ Pero los recursos alimenticios solo aumentarían en proporción aritmética, paso a paso.²

En el siglo XXI, el planeta entero estaría cubierto por un gran hormiguero de gente muy hambrienta, apretujada de las canillas a los flancos y del culo a la barriga. Pero, tal como predijo Malthus, algún obstáculo lo ha *impedido*: a saber, la Muerte, la Muerte a destajo, no debida a causas naturales..., empezando por el hambre, grandes hambrunas..., enfermedades, epidemias..., violencia, caos, matanzas organizadas, guerras, suicidios y sangrientos genocidios..., el ruido de los cascos de los Cuatro Jinetes que avanzan a medio galope sacrificando de forma selectiva a las manadas humanas hasta que solo unos pocos, los más sanos y fuertes, obtienen los alimentos suficientes para sobrevivir. Eso es precisamente lo que ha pasado con los animales, decía Malthus.

¡Hurra! Eso ilumina la sesera de Wallace como un fognazo —¡Eso!—, la solución de lo que los naturalistas consideran «el misterio de los misterios»: cómo funciona la evolución. ¡Pues claro! ¡Ahora lo entiende! Las poblaciones animales experimentan la misma clase de extinción que el

* Narra esta experiencia Ernest H. Rann, que entrevistó a Wallace para el artículo «El doctor Alfred Russel Wallace en casa», en *The Pall Mall Magazine* (marzo de 1909).

hombre. Todos ellos, de los simios a los insectos, luchan por sobrevivir, y solo los más «aptos» –término de Wallace– sobreviven. Ahora ve una progresión inevitable. A medida que transcurren generaciones, eras, eones, una especie ha de adaptarse a tantas condiciones cambiantes, a tantos obstáculos y amenazas, que acaba convirtiéndose en otra cosa enteramente distinta –¡una variedad *nueva*, una *especie* nueva!– para seguir viviendo.

Durante al menos sesenta y cuatro años, naturalistas británicos y franceses, empezando por el escocés James Hutton³ y el inglés Erasmus Darwin⁴ en 1794 y el francés Jean-Baptiste Lamarck en 1800,⁵ habían estado convencidos de que el conjunto de variedades de especies de plantas y animales de nuestros días descendía de otras anteriores. En 1844, esa idea iluminó el cielo en forma de un libro muy vendido y de fácil lectura titulado *Vestiges of the Natural History of Creation*, una cosmología completa de la creación de la Tierra, el sistema solar y la vida del reino vegetal y animal desde las formas más simples hasta la transmutación de los primates en el hombre. Tenía embelesados a montones de lectores de las altas y bajas esferas: Lord Alfred Tennyson, Gladstone, Disraeli, Schopenhauer, Abraham Lincoln, John Stuart Mill, la reina Victoria y el príncipe Alberto (que se lo leían mutuamente en voz alta)..., así como al público en general. No llevaba nombre de autor en la portada ni en ninguna de sus cuatrocientas páginas. Al parecer, el autor o la autora –había quienes daban por sentado que tal insidia tenía que ser obra de una mujer; la hija de Lord Byron, Ada Lovelace, que se pasaba de lista, era una de las sospechosas– sabía a lo que se exponía.⁶ El libro de Anónimo, ya fuera señor, señora o señorita, recibió la inmediata condena tanto de la Iglesia como de sus fieles y teólogos. Uno de los pilares de